

## Una licencia de conducir

Esteban Escalona

*Talcahuano, Chile, 1975*

**AUTHOR'S NOTE:** Escritor nacido en el puerto de Talcahuano, en cuyos mares nació el mito de Moby Dick. En el año 2011 publicó su primer libro de cuentos: *Ciudad Capital*, que fue premiado por el Ministerio de Educación de Chile al considerarlo "un libro con personajes muy humanos y de una sencillez maravillosa". El afamado crítico literario chileno Camilo Marks señaló sobre el libro "se trata de relatos de mundos desconocidos, de los que carecen de voz y presencia del espacio público y nuestras letras. Escalona parece conocer bien este difícil arte prosístico". Su obra siempre ha estado asociada a personajes que viven en la ciudad, pero de aquellos que no tienen voz en la inmensidad del espacio urbano. Es así que en sus textos deambula la fantasía en medio de los perdedores, soñadores insufribles, aventureros, todo siempre con un característico humor y picardía. Actualmente reside en Manhattan donde trabaja en su próximo libro de cuentos donde la memoria y el vaivén de la experiencia migrante son un tema recurrente. Además escribe sus crónicas literarias de New York que se publican periódicamente en la revista de Cultura y Artes Viceversa-Magazine y trabaja de freelance para el periódico "Uptown en Español" de New York. Sus crónicas han sido publicadas en la Revista Enclave de La Universidad de la Ciudad de New York (CUNY). Por su parte algunos de sus cuentos escritos en New York sido publicados en la antología *Staten Island my story (2020)* y próximamente para una Antología de Escritores Latinoamericanos de New York, de la editorial Neoyorkina PoetryPress.

"Te acompaño el jueves", es lo último que dice Deyanira antes de salir. La voz y el portazo sacuden las persianas y a Carlos que no piensa en otra cosa que en una advertencia; pero, "¿a dónde?". Esa pregunta le deja una urgencia en el cuerpo que lo desconcentra del noticiero y las imágenes de la joven alemana asesinada en Brooklyn y del policía junto al cuerpo, haciendo señas al camarógrafo para que salga del "sitio del suceso". La angustiada voz del periodista de Univisión que lee los detalles del homicidio aporta un aspecto desolador a la escena del crimen y vuelve más inquietante la pregunta: "y ¿a dónde me quiere acompañar?". Carlos sigue bebiendo su café. Van y vienen aletargados mordiscos a una tostada con mantequilla que se desgrana entre sus manos de obrero, mientras el noticiero pasa de la crónica roja al informe del tráfico. "¿A dónde?". Y es por esas imágenes de largas filas de vehículos en el Long Island Expressway que lo recuerda y un dolor en el estómago le hace perder el apetito. "¡Mierda!".

Carlos y Deyanira no se hablan desde el último cumpleaños familiar, y eso de "te acompaño el jueves" es lo más cercano que han tenido, si se puede decir de esa forma, a una conversación. Deyanira regresa todos los días muy tarde de su trabajo en el *marketplace* que está justo en la esquina de la noventa y seis con Lexington, donde trabaja de cajera. Los domingos van juntos a misa en español que hace el curita Sarmiento y se dan el saludo de paz, ella mirando para un lado y él para el otro. Reciben la comunión y luego se arrodillan ensimismados en sus tribulaciones. Carlos cierra los ojos y le pide a Dios que de una vez por todas sus problemas desaparezcan. Pero no ofrece nada a cambio. Ni siquiera una vela a alguno de los santos.

Cuando llegan al departamento, el almuerzo se transforma en una oda a la indiferencia. Sentados frente a frente en la pequeña mesa, se evitan mirando sus teléfonos y con teatrales gestos deslizan el dedo sobre la pantalla hacia arriba, luego hacia abajo, luego *texteando* algún mensaje, una risa fingida, y luego siguen buscando en la pantalla alguna nueva excusa para no hablar. Después de comer se levantan, "muchas gracias, de nada", Carlos se va a dormir la siesta junto a su teléfono porque piensa que María lo puede llamar en cualquier momento. Los domingos son más difíciles porque ambos están en el pequeño departamento intentando evitarse, asediándose en ese escenario de combate urbano. Algunas veces, Carlos, o el Burro como le dicen sus amigos, se queda observando los movimientos de Chelsea, la gata de su vecina, para tratar de descubrir cómo lo hace para entrar en su departamento y moverse por todas las habitaciones sin que se den cuenta, dejando tan solo restos de pelos en la alfombra como testimonio de su paso por el lugar. En cambio Carlos y Deyanira son como dos *eighteen wheeler trucks*, siempre a milímetros de estrellarse.

Es cierto que desde el cumpleaños del hermano de Carlos que no se hablan, como también es que, desde ese día, las peleas fueron creciendo a medida que Deyanira buscaba explicaciones que no llegaban y su paciencia estalló definitivamente durante las pasadas fiestas de Halloween:

—Y a ti, ¿no te da la cabeza para aprender inglés? —le enrostró Deyanira—, llevamos diez años y aún no entiendes una simple pregunta, Bu-rri-to.

La discusión había comenzado en el *deli* del barrio debido

a que la cajera no hablaba español y le hizo a Carlos algunas preguntas en inglés con fuerte acento asiático. Él la miró molesto y luego buscó a Deyanira para que le sirviera de intérprete. Eso fue suficiente para colmar su paciencia. La discusión se prolongó con gritos de ida y vuelta hasta que llegaron a la entrada de su edificio, donde Deyanira le criticó su falta de empeño por aprender inglés; unos metros más allá, una pequeña familia de ecuatorianos que preparaban su *barbecue* cerca del estacionamiento se dio vuelta, simulando sacar unas cervezas del *cooler*, solo para ver cómodamente la discusión.

—Y qué culpa tengo que la china no hable español, si aquí nadie habla inglés, en Queens no necesitas hablar inglés, ¡nadie lo necesita! —le respondió, mientras de reojo observaba la reacción de sus vecinos, para que les quedara bien en claro quién manda aquí no sin antes gritarles—: ¡y ustedes qué miran!

Deyanira se tomó la falda y caminó a marcha forzada hasta a las escaleras del edificio donde se detuvo de golpe.

—Pero tu hija no habla español, y después no sé de qué te quejas, Burro.

—Tú y esas ideas que se te metieron en la cabeza, de esconder su español, tú y tus miedos, y ahora mi hija...

Carlos detuvo su verborrea al mirar el rostro de Deyanira, cómo se descomponía en pedazos de amargura que corrieron por sus mejillas hasta llegar al suelo y que lo descolocaron completamente. Pensó que recibiría una dura respuesta, pero no fue eso.

—Mi María... —suspiró Deyanira—. ¿Por qué dejaste que le hicieran eso?

A las semanas siguientes de esa discusión despidieron a Carlos del trabajo, mientras que su hija, María, se marchó del departamento. Aquella tarde, Carlos pensaba llegar temprano a casa después de terminar unas instalaciones eléctricas en un *penthouse* del downtown, cuando Vergara, el dueño del *building service*, lo llamó para ordenarle que pasara a la oficina. Sintió algo extraño, la voz del jefe ya no era divertida, esa siempre con la broma de doble sentido en la punta de la lengua, y pensó que algo malo se venía. “Estamos quebrados”, le dijo sin rodeos. Carlos no supo cómo reaccionar. Pero luego le sucedió algo extraño, le vino al cuerpo esa energía revitalizante de los condenados a muerte, esa tramposa calma antes de la tormenta: “Boss, todo se va a solucionar, todo va a estar bien, ya verá”.

Durante semanas Carlos se movió por Queens, El Bronx, Brooklyn, incluso New Jersey buscando un trabajo. Luego las semanas se fueron transformando en meses y los meses en estaciones de angustia y rabia acumulada. A veces, visitaba a sus amigos en la construcción para averiguar si había un puesto de *handyman*. Incluso visitó a su cuñado *realtor* en Astoria, a quien no veía desde aquel cumpleaños. Pero la respuesta siempre fue la misma: no hay trabajo. El tiempo quedaba atrás, pero no así su desesperación. Deyanira también se desesperaba, más aún después de la partida de María a Allentown. “¿Allentown?”, preguntó Carlos el día que Deyanira se lo dijo, para luego intentar teclear el nombre

de la ciudad en el *Google Maps* de su teléfono, porque nunca imaginó que su hija se iría más allá de Long Island.

Fue cerca de Navidad cuando María llamó a su madre. Hablaron sobre la renta de su nuevo departamento, mientras que con la cámara le mostraba los dormitorios y esa cocina con vista a un parque con muchos árboles. Hablaron sobre su nuevo trabajo en el hospital en el área de pediatría, y lo tranquilo que era todo, muy diferente a Queens, mientras Carlos escuchaba con esa cara de macho herido. Por más que trataba, no lograba entender ni una sola frase de la conversación. Ellas hablaban un *Spanglish* y esas risitas cómplices terminaron por enfurecerlo “y no señor, de mí nadie se burla”, y arremetió en la conversación frustrándose aún más al no poder decirle a su hija que la extrañaba, mientras ella a cada instante lo intervenía con eso de “no te entiendo, Carlos, habla más lento, Carlos”. “¿Carlos? Qué te has imaginado, soy tu padre pendeja insolente”, le gritó fuerte pero luego no supo cómo contener la potente respuesta que le llegó en inglés y que no debió ser nada bueno porque Deyanira miró al cielo pidiendo disculpas a Dios y luego miró a Burro con un odio que no sentía desde aquel último cumpleaños familiar.

Lo que sucedió durante el pasado cumpleaños fue algo “confuso”. Pero confuso para la familia de Carlos, porque la unión familiar es más importante que cualquier dolor personal. Una forma de subsistencia que por generaciones había dado buenos resultados. Fue durante ese cumpleaños de fines de agosto, cuando María preparaba la carne para el *barbecue*, que sucedió ese acto “confuso”. Toda la familia de Carlos, tíos, abuelas y primos estaban en el patio recogiendo los dulces de la piñata que acababan de romper, entonces el hermano de Carlos fue a conversar con María que estaba en la cocina condimentando la carne.

—¿Qué haces? —preguntó exhalando un fuerte olor a alcohol.

María lo miró con desprecio, ese que siempre le tuvo, y tomó la bandeja con la carne para huir del lugar.

—No te vayas, ya ni conversamos, sobrina —La imponente figura del tío, muy distinta a la de Carlos, intimidó a la joven que se quedó inmóvil con su mano apretada en la bandeja como si fuera un arma que nunca podría utilizar. Fue entonces que entró Deyanira a la cocina.

—¡Qué haces! —gritó la madre con su voz de comandante, mientras él se alejaba de la joven sacándole las manos de los senos.

—Nada, mujer, ya ni se puede conversar tranquilo con la sobrina —le respondió con una irónica sonrisa de borracho.

Deyanira abrazó a su hija mientras él se escabullía lentamente balbuceando maldiciones en el camino. Luego llamó a Carlos con gritos de espanto que asustaron a todos los que estaban en el patio recogiendo los últimos dulces de la piñata, y que Carlos calmó con una torpe excusa: “Vio una *supercucaracha*”, y sus parientes festejaron las ocurrencias de Carlos. Cuando entró a la cocina ellas estaban abrazadas y María temblaba ocultando su rostro de vergüenza. “Debe ser un error, somos todos familia”, “¡pero Carlos!”, “no mujer, no empecemos de nuevo con problemas,

menos ahora", le dio un abrazo a ambas y se llevó la carne al patio dejándolas ahí, solas, esperando una respuesta que nunca llegaría.

Pero hace unas semanas, Dios se había acordado de las plegarias de Carlos.

El portador del mensaje fue Pedro, su vecino. Ese día lo llamó para ofrecerle un trabajo en el aeropuerto LaGuardia, parqueando carros de los clientes del Hotel IBIS y Aloft. Carlos vio la oportunidad de trabajar en algo fácil, cerca de su hogar y con buena paga, "las propinas son muy buenas", le dijo Pedro, quien hace años trabajaba en eso y lo recomendó a su jefe con una excelente carta de presentación: "Burro es trabajador y honrado". Lo contrataron, pero había un problema que solo confidenció después de la entrevista: no tengo licencia de conducir. Ese mismo día Carlos sacó una cita en el Departamento de Vehículos para dar el examen y Deyanira lo supo todo por la carta que llegó días después confirmando la hora y lugar del examen que Carlos debía rendir: el jueves a las diez y treinta.

"¡Mierda!".

Carlos se echa sobre el respaldo del asiento. "¿Me va a acompañar al examen de conducir?". Maldice, balbucea e ironiza pensando que es una cita con el demonio, "ni modo, ¡ni la virgencita me salva de esta!". Resignado, deja el pan con mantequilla en el plato y apaga el televisor cuando el noticiero de Univisión cambia de Long Island Expressway al tráfico de Manhattan. Entonces recuerda que debe llamar a Pedro y pedirle un vehículo para practicar.

Los días pasan como siempre, tensos, angustiantes, sin mirarse, sin hablar, sobreviviendo en un escenario que ya no desean y donde las fotos de sus padres colgadas en el muro de otro mundo delatan realidades pasadas y presentes a la vez. Llega el día del examen. Carlos y Deyanira salen temprano al Departamento de Vehículos. Ella, siempre en silencio, disfruta el torpe comportamiento de su esposo. Carlos cierra la puerta del departamento. En la calle, le dice a su mujer que espere, "parece que no cerré con llave" y sube nervioso a revisar. Luego toman el bus hasta el aeropuerto para retirar el carro que Pedro ha sacado a escondidas del estacionamiento. En el bus Carlos revisa una y otra vez sus documentos. Los deletrea para asegurarse de que son los que necesita y los guarda en su cartera. Luego, parece que algo no está muy claro y los vuelve a sacar. Deyanira lo mira mientras se echa una pastilla de menta en la boca. Carlos la mira de soslayo, con rabia, porque está seguro que ella disfruta todo. En LaGuardia, Pedro lo espera con el Toyota Prius. Carlos nunca se ha subido a uno de esos coches eléctricos y, al encenderlo, piensa que la batería se ha descargado. Nada, ni un sonido. Deyanira, que está sentada a su lado, lo mira preocupada:

—A poco que ahorita se te olvidó manejar, Burro.

—Es que parece que no enciende.

Pedro, que está en la entrada del estacionamiento, lo mira angustiado y hace un gesto con ambas manos para que salgan

rápido antes de que llegue el jefe. Carlos pisa el acelerador y el carro da un tirón que hace sacudir la cabeza de Deyanira, y luego avanza suavemente.

—¡Mira el tablero!, ¡mira el tablero! —le grita Pedro cuando Carlos pasa por su lado. Ahí puede verificar los signos vitales del vehículo.

Son casi las diez cuando llegan al Departamento de Vehículos, donde los murmullos del enjambre humano se apagan de golpe cuando aparece una de las evaluadoras que luego de leer la ficha, grita:

—Míster Carlos Miranda... Carlos Miranda —la segunda vez el tono parece más irritado.

La mujer, una morena alta y maciza, lleva amarrada a su cuello una pañoleta de seda morada y viste de falda gris, lo suficientemente corta como para dejar ver el tatuaje de una serpiente en los muslos. Mira atenta por todo el espacio, como buscando una presa que despedazar hasta que la encuentra en ese pequeño cuerpo que camina indeciso hacia ella.

—Follow me! —le dice sin siquiera mirarlo.

Carlos recuerda los consejos de Pedro sobre el ser amable en todo momento. Cuando la mujer entra al vehículo y se acomoda en su asiento para escribir algunas notas en la ficha, Carlos se apresura en aconsejarle:

—Please, put on your seatbelt.

—You won't tell me what I have to do—Carlos no entiende muy bien, pero el tono de voz le deja muy en claro que está molesta por el consejo.

—¿Enciendo el motor?

—Oh man, speak English. We are in America!

—Oh, yes, yes, in America, sorry, señorita.

—English, please...

Carlos trata de pensar en algo que lo tranquilice y recuerda cuando María gateaba por el departamento siguiendo esa pelotita de goma que había comprado en la feria y reía con esa energía que solo traen los críos en sus primeros años de vida. Se siente feliz y el carro comienza a moverse. Dobla por Jamaica Avenue y sigue sin complicaciones gracias a las instrucciones dictadas en un inglés muy claro y preciso, pero al llegar a Hillside Avenue, la mujer da una última instrucción.

—Park the car here, please.

—¿Qué?

—Park the car... —Carlos entiende tarde y se pasa de largo. Detiene el carro para retroceder.

—What are you doing?! Don't back up!

—Sorry, sorry —El motor del coche se detiene y Carlos trata de hacerlo andar mientras la mujer le grita "What are you doing?!, what are you doing?!"

—Let's go back —le dice ya muy fastidiada—. Go this way, now!

—¿Por aquí?

—English, we live in America!

Oh my God!, es el peor postulante que la mujer ha tenido esa mañana. Cuando regresan al Departamento de Vehículos, Carlos ni siquiera tiene fuerzas suficientes para levantarse del asiento. Se queda ahí, sentado, mirando una calle que siempre le ha sido hostil, mientras la mujer escribe apresuradamente algo en la papeleta, balbuceando cosas que Burro agradece no entender y luego se la tira sobre el asiento dejando como despedida un portazo.

—Qué le hiciste a la señora, Burro —le grita Deyanira muy asustada al ver cómo la mujer camina hacia el edificio murmurando maldiciones—. ¡Ya lo sabía! Siempre lo echas todo a perder, eres un inútil. Ahora mismo llamo para pedir otra cita.

—No, no lo hagas —responde con una voz tan frágil que Deyanira entiende que ya es suficiente. Se van juntos. En silencio. Humillado. Carlos conduce hasta la estación más cercana, en Jackson Heights, donde Deyanira toma el tren de la línea siete con dirección a Manhattan y él continúa hasta LaGuardia para devolver el carro.

Luego de tres semanas llega una carta del Departamento de Vehículos. Carlos la guarda en el velador para que Deyanira no la vea. Después de las telenovelas nocturnas, Carlos abre el sobre para saber si le han dado otra fecha de examen o algo parecido, pero se sorprende al ver un pequeño plástico con su rostro. Su propia licencia de conducir. Una identificación. No sabe como reaccionar ante las desconocidas pulsaciones en su pecho que parece explotar cuando lee su nombre en voz alta, "Carlos Miranda". No le dice nada a su mujer. Se sienta de golpe en el sofá, frente al televisor, pero no lo enciende, solo mira el reflejo de su rostro en la pantalla.

El invierno en New York ha terminado. La nieve ha desaparecido.

Queens amanece con esas imágenes de rostros y acentos que merodean lo desconocido. Grupos de latinos, asiáticos, africanos, árabes que cruzan el incierto derrotero de sus sueños entre calles desteñidas, colmadas de letreros y baratijas que cuelgan con sus aromas y lejanos misterios. Un Queens que es un pedazo de New York y del mundo entero a la vez.

—Hey, Carlos, ¿cómo sigue todo con Deyanira? —pregunta Pedro mientras mira de reojo a una chica de minifalda que hace señas a un taxi.

—Bien, creo —Carlos da unos apresurados mordiscos a su *bacon egg and cheese bagel*, mientras mira con indiferencia hacia Roosevelt Avenue.

—¿Cómo es eso? —La chica se sube al taxi y Pedro se voltea para ver esas hermosas piernas—. Desde que se separaron que no quieres hablar. Bueno, en todo caso que te vaya bien y recuerda, es solo cosa de actitud. ¿Okay? A las cinco me devuelves el carro.

Un tren pasa con destino a Flushing Main. Ambos quedan en silencio esperando que se aleje el molesto ruido metálico que parece dismantelar toda la vía elevada del metro. Pero el rostro de una adolescente que viaja en uno de los carros desvía la atención de Carlos. Es una sonrisa cálida y soñadora, como de su María, y sonrío de alguna forma junto a ella. De esas formas que desvanecen la agonía. "Estoy bien.., sí, estoy bien, no te preocupes", lo repite muy bajo como ocultándose tras el ruido del tren que aún domina el aire de Roosevelt Avenue. Deja ocho dólares sobre la mesa del carro de comida y camina hacia el vehículo en la esquina de Elmhurst, donde programa el GPS con dirección a un hospital de Allentown, pero antes de partir, se distrae con la estela de vapor de un avión que ha despegado de LaGuardia y la sigue con la mirada y no la suelta, hasta que se desvanece completamente sobre los cielos de New York.